



EL CONTADOR ESPIRITUAL,

que contiene un nuevo y curioso romance, declarando por los números lo que se debe contemplar para no errar la cuenta que cada uno hemos de dar de nuestra vida en el tribunal de Dios.

PRIMERA PARTE.

Habiendo considerado que á Dios hemos de dar cuenta, quisiera para no errarla hacer una cuenta nueva; lo que con ella pretendo

es dar á entender que sepan lo que se ha de contemplar en los números de cuenta. Pongo el uno: luego al punta con mucho amor considera

1160.209

que hay un solo Dios, que es
quien crió el cielo y la tierra;
que hay sola una Virgen pura
á quien no tocó la deuda
del pecado original
que cometió Adán y Eva:
que en todo el mundo no hay
mas que una ley verdadera,
que es la ley de Jesucristo,
porque las demas son sectas:
que hay una gloria no mas,
un purgatorio de penas,
y un infierno donde siempre
los demonios atormentan.
La cuenta será cabal
si es que así lo consideras,
porque por otro camino,
no sé si te saldrá cierta.
Pon el dos y luego al punto
que tiene dos ojos piensa,
para no ver cosas malas
sí para ver cosas buenas:
que Dios te dió dos oídos,
porque con ellos oyeras
del predicador las voces,
del confesor las sentencias:
que tienes tambien dos labios,
para que pronunciar puedas
las cosas de Dios bien claras
como lo son ellas mismas:
que tienes en las narices
dos ventanas con que huelas
de la gloria la fragancia
ó el hedor de las cavernas;
que tienes tambien dos manos
para remediar con ellas,
si acaso fuese posible,
del prójimo las miserias;
dos pies para que camines
por la verdadera senda,
huyendo del precipicio

que la culpa te acarrea.
Esto es lo que el dos con
y sabrás que se aumentan
sumando de aquesta suerte
dos millones de riquezas.
Al poner el tres, te digo
que es fuerza que te detengas,
por ser el número tres
el que mas valor encierra.
Contemplantas en principio
con humilde reverencia
las tres divinas personas
de la Trinidad inmensa:
luego que tienes un alma
formada de tres potencias,
pero que hay tres enemigos
que han de combatir con ellas,
que han de tener tres virtudes
para que nunca la vengzan:
Fe, Esperanza y Caridad,
armas con que se defiendan.
Que recién nacido Cristo,
vinieron con diligencia
tres reyes á visitarlo
y á ofrecerle tres ofrendas:
que subió á trasfigurarse
al Tabor, y con él lleva
tres discípulos que fuesen
testigos de su grandeza:
que oró en el Huerto tres veces
y que fué por culpas nuestra
amarrado con tres sogas,
de Dios la suma inocencia:
que negó tres veces Pedro
y que con lágrimas tiernas
lloró su culpa, y quedó
absuelto de culpa y pena:
que anduvo tres tribunales
para darle la sentencia;
y la Cruz en que murió
que fué de tres palos hecha;

que llevánsle al Calvario
 cayó tres veces con ella
 para que tú no cayeses
 en las profundas cavernas;
 que limpiando con un lienzo
 su Rostro nos dejó impreso
 en tres paños que hoy día
 en el mundo se conservan:
 que fue clavado en la Cruz
 con tres clavos sin clemencia,
 y le dieron tres barrenos
 por donde los clavos entran;
 que estando al pie de la Cruz
 pasó la sagrada Reina
 tres grandes necesidades
 todas de congojas llenas:
 que bajaron de la Cruz
 á la difunta Inocencia
 tres varones, y en los brazos
 de su Madre se lo entregan:
 que pusieron al sepulcro
 tres guardias, y considera
 que estando tres días dentro
 salió sin que ellos le vieran:
 que salieron á buscarle
 tres Marías con gran priesa,
 que el que va buscando á Dios
 no es razón que se detenga.
 Esto es del número tres
 el gran valor que encierra,
 si al formarle en cualquier parte
 con amor lo consideras.
 Al poner el cuarto, mira
 cuatro Evangelios que enseñan
 con claridad muy patente
 de Dios la ley verdadera.
 Que hubo cuatro evangelistas,
 que escribieron con prudencia,
 siendo de Dios alumbrados,
 las sacras divinas letras.
 Que crió cuatro elementos

con que el mundo se conserva
 y que el año en cuatro tiempos
 se parte sin diferencia:
 que tú tienes cuatro humores,
 que cuatro edades te esperan
 para vivir en el mundo
 si acaso á ser viejo llegas.
 Contemplantas en el cinco
 que la Santa Madre Iglesia,
 con sus cinco Mandamientos
 te manda que le obedezcas:
 que aquestos cinco sentidos
 que tienes en la cabeza
 son para servir á Dios
 con humilde reverencia:
 que dejó Cristo en su cuerpo
 cinco llagas, porque puedas
 conocer el grande amor
 que le obligó á padecerlas.
 Al poner el seis, dirás,
 que seis mil millones sea
 bendecida y alabada
 de Dios la suma grandeza.
 Al siete conocerás
 que la Santa Madre Iglesia
 te dá siete Sacramentos
 para que te fortalezcan;
 que hay siete culpas mortales
 y que es menester que tengas
 siete virtudes que están
 contra estos vicios opuestas:
 que dijo siete palabras
 Cristo en la Cruz, cuando cerca
 estaba para espirar
 por redimir tus ofensas.
 Aquellos siete dolores
 de la Virgen considera,
 cuyas penetrantes puntas
 el corazón atraviesan.
 Formando el ocho, dirás,
 que ochenta mil veces sea

por todo el mundo aplaudida
de Dios la ley verdadera.
Formarás el nueve, y luego
levantarás la cabeza
al cielo, donde verás
el sol, la luna y estrellas,
considerando en el nueve
los nueve coros que encierran
para que á Dios siempre alaben
divinas inteligencias.
Formarás el diez, pensando
qué la ley de Dios ordena
que guarde diez Mandamientos
so pena de grande pena,
de no quebrantar ninguno:
tendrás siempre grande cuenta,
ya que así Dios te lo manda
razon es que le obedezcas;
y mira que el diez se forma
con dos números, que enseñan
lo que va de Dios al mundo
si entrambos lo consideras.
Con un uno y con un cero
forma el diez, y al punto piensa
que el uno es un solo Dios,
y el cero al mundo semeja:
si pones el cero solo
y al mundo por poner dejas,
dirás: cero y no va nada,
con que sin nada te quedas;
y así podrás reparar
que si del mundo haces cuenta
dirás: cero y no va nada,
y por el mundo á Dios dejas:
deja el mundo y busca á Dios
que en Dios están las riquezas,
porque el mundo es como el cero

que solo habla con la cuenta.
¿Cuántos en aqueste mundo
habrás visto con riquezas,
y despues los verás pobres
pidiendo de puerta en puerta?
y si esto lo miras bien,
hallarás por cosa cierta
que las cosas de este mundo
son todas perecederas.
Verás un hombre llevado
de vanidad y soberbia
que no cabe en este mundo
por su valor y su fuerza;
mas en llegando á la muerte,
el que tan temido era
no cabiendo en todo el mundo
cupo en siete pies de tierra.
Pues dí cero y no va nada,
que cuando menos la piensas,
vuelves á la misma nada
por ser de la nada mesma;
por lo cual procura siempre
en cuantas cosas emprendas,
de poner á Dios primero,
porque el uno valor tenga.
Porque la cuenta no yerres,
válete de aquella Reina
que en todas las aflicciones
por los pecadores ruega:
rézala siempre el rosario
con fervor y reverencia,
saldrás con la cuenta bien
como ella te favorezca.
Aquí el poeta rendido
á aquesta parte primera
dá fin, porque en la segunda
decir lo que falta intenta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE

que contiene del modo que se ha de sumar la cuenta para no llevarla errada en el tribunal de Dios.

Habiendo, lector discreto,
prometido de la cuenta
sacar la segunda parte,
quiero cumplir la promesa.
Lo primero, declarar
es la suma de esta cuenta,
que despues de estar sumada
le sacaremos la prueba.
Suma, pues, lector amigo,
de Dios la suma grandeza,
el poder, la majestad,
el saber, la providencia:
el grande amor, la piedad,
la mansedumbre y paciencia,
y en fin, que es incomprendible
porque nadie lo penetra.
Si lo sumas poderoso,
mira al cielo, á las estrellas,
al sol, la luna, los astros,
con todos esos planetas.
Verás una arquitectura,

cuya fábrica opulenta
dá á entender con su hermosura
que solo Dios pudo hacerla.
Si miras con atencion
al círculo de la tierra,
verás las gentes, las aves,
los frutos, las menudencias
de pequenuelos gusanos,
cuya multitud ostenta
el poder de Dios, que él solo
es quien sustentarlo pueda.
Si lo sumas sábio, mira
y ten por cosa muy cierta
que el pensamiento mas leve
no se escapa de su ciencia.
Si lo sumas amoroso,
con humildad, considera
que de tu amor obligado
dió la vida con afrenta.
Si piadoso, ¿dónde pudo
caber piedad que ofreciera

— 0 —

ya vida siendo tú el reo
para que tú no murieras?
Si paciente, ¿dónde pudo
tan invencible paciencia,
que te ofrece beneficios
cuando tú le haces ofensas?
Si lo sumas justiciero,
tendrás por cosa muy cierta
que dejará de ser Dios
antes que injusticia hiciera.
Si incomprensible, no dudes
que es imposible que pueda
comprenderle cosa alguna
ni en los cielos ni en la tierra.
Sumando de Dios lo grande,
sumarás de tu bajeza
lo débil, lo quebradizo,
la frágil naturaleza,
el poco caudal que tienes;
pues si bien lo consideras,
no hay cosa que no sea tuya,
si no es que la culpa sea.
Suma ahora la distancia
que hay de la suma grandeza
de Dios á la poquedad
de tu sobrada miseria,
y en sumándola podrás
afrentarte de vergüenza,
que ofenda á un Dios tan grande
una cosa tan pequeña.
Ahora podrás sumar
que siempre que ingrato pecas,
á donde quiera que estás,
está Dios en tu presencia.
Dios está en todo lugar,
así la fe nos lo enseña,
con que estará con el hombre
adonde quiera que peca:
Dios es puro é impecable,
la culpa es horrible y fea:
pues mira, ¿qué dirá Dios

cuando en su presencia pecas?
Deja el pecado, cristiano,
mira que es tu conveniencia,
que en pecar ó no pecar
está tu gloria ó tu pena.
Suma ahora de tus culpas
la cantidad con presteza,
las dirás al confesor
con propósito de enmienda.
Deja los vanos deleites
y busca la penitencia,
pues para subir al cielo
es la mas firme escalera.
Repara que un monte espeso
en tus entrañas encierra
zarzas, abrojos y espinos
con otras muchas malezas,
y que un labrador le tala,
le arranca, destruye y quema,
le cultiva, y cultivado,
de hermoso trigo le siembra,
y aquel que antes amparaba
en sus cóncavos las fieras,
ahora da trigo hermoso
que le nutre, le sustenta;
pues tala, quema y arranca
de tu gran Dios las ofensas,
y cultívate á tí mismo
con áspera penitencia.
Siembra luego de virtudes
tu alma, no te detengas,
que siempre sembrar temprano
suele ser mejor cosecha.
Dos cosas quiero pedirte
porque en memoria las tengas,
que como no las olvides
serán para tí muy buenas.
Que has de ser antorcha ó leño
te quiero decir que sepas:
leño, si el pecado sigues,
bella antorcha, si le dejas:

leño para ser tizon
en las profundas cavernas,
antorcha para lucir
en las celestiales fiestas.
De ser leño á ser antorcha
saca tú la consecuencia,
y escoge de estas dos cosas
la que mejor te parezca.
Si leño quieres quedarte,
suma las horribles penas
con que son atormentados
los que erraron estas cuentas.
Procura ser como el agua,
que comenzando entre peñas,
si pasa por angosturas
sale mas clara y mas fresca;
al contrario, si muy ancha,
por donde pasa navega,
saldrá turbia, gorda y mala
que nadie pueda beberla.
Si tú, cristiano, te angostas,
te humillas y te sujetas
á la ley de Dios, saldrás
como el agua clara y fresca;
mas si quieres ensancharte
caminando á rienda suelta,
darás en un precipicio
donde despeñado mueras;
pon freno á tus apetitos,
tírate bien de la rienda,
que has costado mucho á Dios
y es lástima que te pierdas.
Ya sé que no pecarás
si con amor consideras,
como Dios por tí pasó
tantas injurias y afrentas.
Considera que bajó
desde el cielo hasta la tierra,
y que nació en un portal
con humildad y pobreza.
Saca de aquí el poco caso

que debes hacer de haciendas,
de empleos, de dignidades,
de mandos ni de riquezas,
que las cosas de esta vida
son cosas percederas,
y cosas que no son firmes
no se ha de hacer caso de ellas.
Mira á María Egipciaca,
que haciendo á Dios mil ofensas,
pasaba lo mas del tiempo
necesidades estremas;
enmendóse del pecado
y haciendo de él penitencia,
la sujetaba el Señor
no comiendo mas que yerbas:
de aquí puedes inferir
que el pecado no sustenta,
que antes destruye y acaba
la complexion sana y buena.
La gracia de Dios alivia
las fatigas, las miserias,
las congojas y las ansias,
los trabajos y las penas:
¿pues cuánto mejor será
buscar á Dios porque puedas
hallar en tus aflicciones
el alivio que deseas?
Animo, pues, lector mio,
valor, tu espíritu alienta
para dejar el pecado
y para buscar la enmienda.
Considera por tu vida
que no hay nadie que merezca
ser mas amado de Dios
en los cielos y en la tierra.
Amale, pues, lector mio,
ofreciéndote de veras
antes perder cien mil vidas
que volver á hacerle ofensa:
mira que su Majestad
te está aguardando que vengas,

que en pies, manos y costado
están las puertas abiertas.
Mira qué es Pastor que sabe
recoger bien sus ovejas,
que las compró con su sangre
y siente mucho perderlas;
llégate contrito, y dile:
Sacro Rey del cielo y tierra,
de yo haberos ofendido
una y mil veces me pesa;
prometo de aquí adelante
de mis pecados la enmienda
ayudado de la gracia
de vuestra bondad inmensa.
Muchas son, Señor, mis culpas,
mas tengo por cosa cierta
que por muchas que ellas sean
es mayor vuestra clemencia.
Amparadme, gran Señor,
de aquel lobo que desea
comerme, puesto que sois
Vos Pastor, y yo la oveja.
No permitais, Jesus mio,
que tal mi desdicha sea,
pues por no ampararme Vos
él me coja entre sus presas.
Pongo por mi intercesora
con Vos para mi defensa,
á vuestra divina Madre,
que es del cielo y tierra Reina;
que yo tengo por sin duda
que sumaré bien la cuenta
que tengo de dar á Vos.
como ella me favorezca.
Reina de las gerarquias,
cuya majestad celebran
las querúbicas escuadras,

divinas inteligencias
que seais mi protectora,
humilde mi amor os ruega,
para que Dios me recoja,
y por que yo no me pierda,
que yo tambien os prometa,
en tanto que vida tenga,
de rezar vuestro rosario
con fervor y reverencia.
Aquesta es, lector discreto,
la suma de aquesta cuenta;
y ya que la suma sabes
te quiero decir la prueba.
¿Cuántos bienaventurados
gozan de Dios la presencia
porque dejaron las culpas
buscando la penitencia?
¿Cuántos perdieron las vidas
al rigor de la inclemencia
de bárbaros que querian
reducirlos á las sectas?
¡Qué dolores! ¡qué fatigas!
¡qué trabajos y qué penas
los mártires padecieron
por no errar aquestas cuentas!
La prueba saldrá cabal,
si se mira y considera
que el que la acierta, se salva,
y se pierde el que la yerra.
Ama á Dios, deja el pecado,
que así la cuenta es cierta,
que amar á Dios sin pecar
es la verdadera prueba.
Aquí, discreto lector,
la suma de aquesta cuenta
dá fin, pidiendo perdon
las faltas de mis rudezas.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal,

